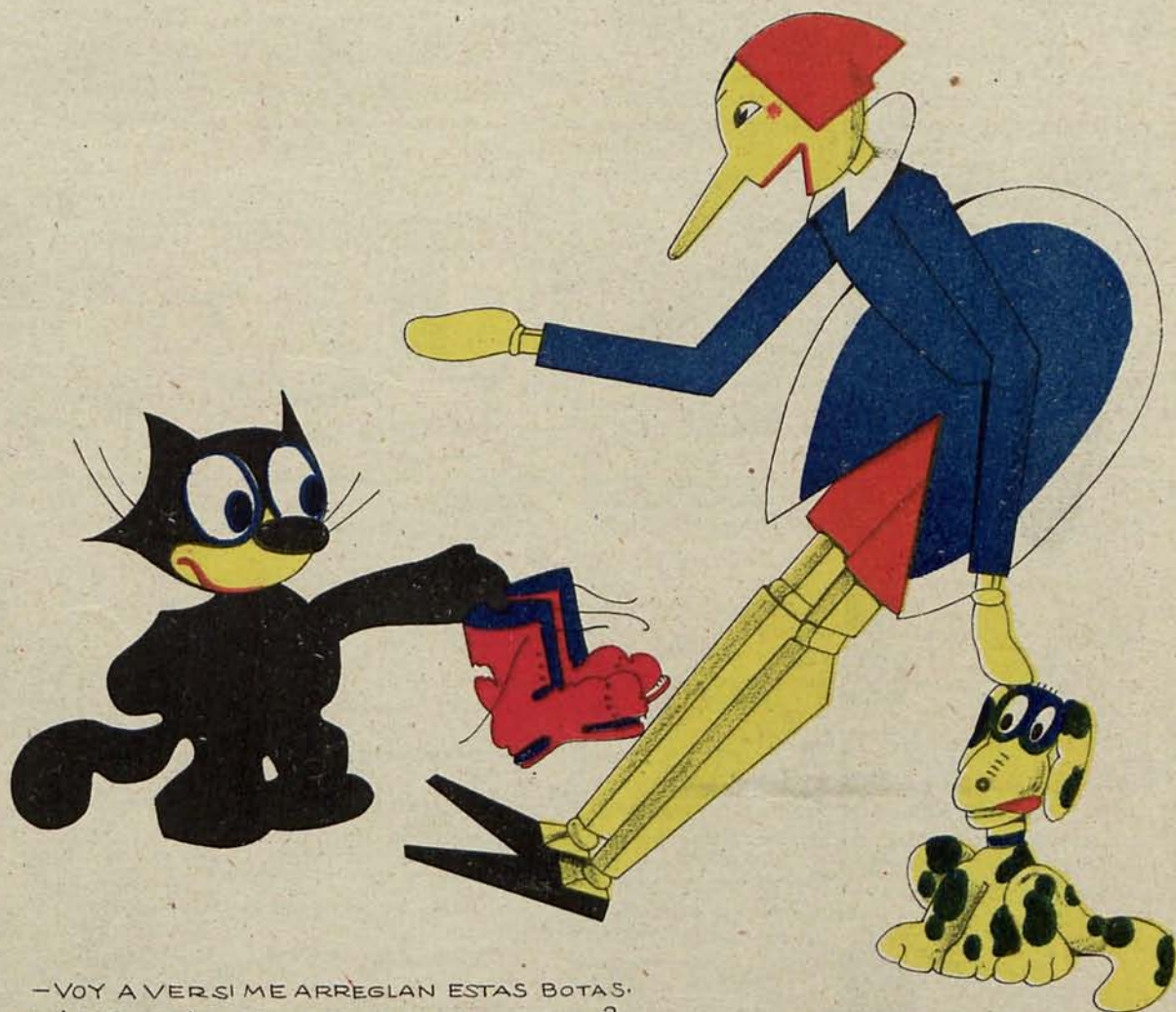


PiNOCHO

AÑO. IV
NUM. 188

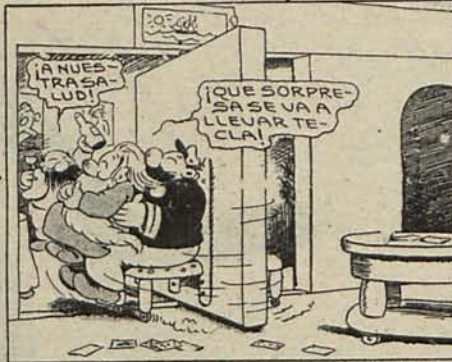
25 cts

23 SETIEMBRE
1928



- VOY A VERSI ME ARREGLAN ESTAS BOTAS.
-¿PERO QUÈ ARREGLO PUEDE TENER ESO?
-¡HOMBRE! PUEDEN PONERLE UNAS BOTAS A LOS CORDONES.

La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL AVION NEGRO

NOVELA

Por ALBERTO ORSÍ

(Continuación.)

Y sin embargo, de comunicarse sus impresiones, hubieran tenido que confesarse que en aquel momento sentían menos arroyo y res-

olución del que hubiesen deseado.

Vera fué la primera que venció aquella extraña vacilación.

—¡Animos! —dijo en voz baja, pero enérgica.

Y empujó la tabla hacia sí, que bajó sosteniendo cuatro ladrillos del pavimento. Luego, con ímpetu rápido, ágil y ligera, lanzóse Vera dentro. Shasky y Wassili la siguieron.

—¡Despacio! —les dijo Vera a los dos hombres—. ¿Os habéis vuelto locos?

—¡No hemos podido ir más despacio! —replicó Shasky—. Lo que debes hacer tú es hablar más bajo. Dando esas voces vas a despertar al profesor.

—¡Chist! —cuchicheó Wassili, al cual ensordecían las voces de Shasky y de Vera—. ¿Qué es este enorme martilleo?

Pero el mismo se quedó sorprendido del retumbo de su voz.

—¿Lo sentís también vosotros? —susurró Vera, suspirando apenas las palabras.

—¡Oigo un estrépito endiablado!

—Me parece que estoy en una caverna infernal.

—¡Alto!

Los tres compañeros permanecieron inmóviles en medio de una completa obscuridad, porque Wassili, por exceso de precaución, había cerrado el ojo de la linterna.

Un martilleo fuerte y sonoro hirió sus oídos, acompañado de un susurro indefinido compuesto de mil rumores indistintos, como soplos y zumbidos poderosos.

Los tres compañeros no sabían qué pensar de todo aquello, no atreviéndose a hablar, pues se habían fijado en que, por más esfuerzos que hiciesen para bajar la voz, no conseguían sino hablar siempre demasiado alto.

Vera, esforzándose por hablar lo más quedamente posible, murmuró:

—¿Quién estará aquí dentro además de nosotros?

—Nadie —repuso Wassili limitando el número de las palabras para limitar el estrépito.

—¿Y ese martilleo?

—¿Pero no os habéis fijado? Es el de nuestros corazones y nuestros relojes.

En aquel momento Wassili abrió el ojo de la linterna y un rayo de luz se proyectó sobre el pavimento.

Vera y Shasky lleváronse con gesto instantáneo las manos a los ojos, reprimiendo un grito de dolor. Fué como si les deslumbrara una poderosa chispa eléctrica.

ca. Wassili volvió a cerrar inmediatamente la linterna.

—¿Qué haces, Wassili?

—¡Nada! No he hecho más que encender la linterna.

—¿De qué ilusión somos entonces víctimas? —interrogó Vera, que sentía llenársele la cabeza de una serie de ruidos de diversa naturaleza y de diversos tonos que no podía precisar. Ella hubiera jurado además que algo fluido e indistinto vagaba en torno suyo en el seno de las tinieblas y la rozaba con la delicadeza y la levedad de una niebla tibial. Tampoco hubiera podido decirse que se hallaba propiamente en la obscuridad. Experimentaba como una vaga sensación visual de su persona y de la de sus compañeros, como si las formas se la apareciesen apenas perfiladas en el fondo de una nube obscurísima.

Shasky y Wassili sentían las mismas impresiones.

Extendieron las manos hacia adelante, retirándolas en el acto, horrorizados, como si hubiesen tocado un áspid.

Algún obstáculo imprevisto nos impide avanzar; he experimentado la sensación de haber tocado un zarzal.

—No —dijo Wassili—, no es un zarzal ni puede serlo. Hay que tener la presencia de ánimo para frenar los movimientos instintivos si es que queremos seguir adelante. Nos hallamos en un lugar lleno de prodigios, de sorpresas, de fenómenos, en apariencia inexplicables y en donde nuestros sentidos están expuestos a pruebas muy duras e inesperadas. Hemos de esperararlo todo y estar preparados a todo. Quizá ese obstáculo punzante sea menos peligroso de lo que nos figuramos. Hagamos por alejarlo y permitidme que yo me ocupe de ello...

Wassili tendió de nuevo las manos hacia aquel obstáculo desconocido, que no retiró a pesar de sentir que se las pinchaba cruelmente. Entonces se dió cuenta de que el obstáculo cedía a la presión y que estaba formado por una especie de telón espinoso y punzante, pero flexible, y soportando entonces el dolor de las punzadas, lo levantó.

Los tres compañeros quedaron iluminados por una luz copiosa, de reflejos azules y verdosos, que proyectaba abundantemente un enorme reflector adherido a una de las paredes de la habitación.

Los visitantes derramaron en el acto sus miradas a su alrededor, queriendo abarcar de una sola ojeada todos los detalles del misterioso recinto; pero a la luz espectral del reflector no vieron sino grandes sombras que se alargaban acá y acuyá, mientras continuaba asediándoles el extraordinario martilleo, el murmullo inexplicable. Los tres se volvieron. El obstáculo espinoso, la defensa de pinchos que le hiriera las manos, había desaparecido. En su lugar había una pesada cortina de tela. Miráronse las manos para ver las gotas de sangre que debían manar de ellas. Las manos estaban incólumes, sin huella alguna de pinchazos, y, sin embargo, aún sentían el dolor de las heridas. ¿En dónde estaban y qué era lo que sucedía en torno

suyo? Los tres cómplices estaban arrepentidos en su fuero interno del paso que habían dado; su mente vacilaba, su cerebro estaba poblado de un enjambre de ideas vagas, indistintas, como si su fantasía se hallase en un estado de insólita ebullición. Experimentaban la sensación de lo desconocido, de las terribles amenazas ocultas en aquel lugar, consagrado a la demencia científica. Hubiesen querido retroceder; pero una fuerza invencible empujábanlos hacia adelante.

—¡Vamos!

Los tres compañeros se pusieron en movimiento.

El rumor de sus ligerísimos pasos se asemejó al de fuertes mazazos dados en el pavimento.

—¡Espacio! —dijo Shasky.

—¡La casa tiembla, vacila en sus cimientos!

—No, no —murmuró Wassili siguiendo andando con mucha cautela y ligereza—. No deis crédito a nada de lo que pasa a nuestro alrededor.

—¿Pero quién nos engaña de esta suerte?...

—¡Una fuerza misteriosa! —cuchicheó Wassili intentando coger la mano de Vera para conducirla hacia adelante. Las dos manos, como si estuviesen cargadas de la misma electricidad, se separaron una de otra con el ímpetu de un resorte.

—¡Quemas y pinchas! —dijo Vera.

—Como tú, como aquella cortina, como todo lo que toquemos aquí dentro.

—¡Qué cosa más extraña! —dijo Shasky que comenzaba a adaptarse a aquel singular ambiente.

Estaban cerca de una gran sombra que se dibujaba en la luz espectral, en medio de la sala, y encima de la sombra veíase escrita con caracteres de fuego una N de gran tamaño.

—Esos son quizás —murmuró Wassili— los acumuladores gigantescos de los rayos N— y señaló a dos tubos metálicos largos y sutiles que terminaban cada uno en una gran placa, al parecer de aluminio. Estos tubos —continuó diciendo Wassili— sirven para la conducción y propagación de los rayos N.

Wassili había llegado a gobernar la voz de manera que no produjese el ensordecedor estrépito de los primeros momentos. Poniéndose a aquel diapason y hablando cada cual por turno, los tres amigos lograron comunicarse algunas de sus impresiones.

—¿Cómo es esto posible? —interrogó Shasky—. Es cierto que los rayos N son oscuros, pero obedecen a las leyes de los rayos luminosos. ¿Cómo pueden transmitirse por medio de hilos?

—De una manera facilísima, como lo demuestran las fuentes luminosas. Los tubos metálicos son tan transparentes para los rayos N como lo son el cristal y el agua para los rayos luminosos, de modo que una vez que han penetrado se encaminan, no ya como la corriente eléctrica, sino como la luz que pasa por un bastón de hierro o un hilo de agua.

Shasky y Vera miraron a Wassili. Este tenía el rostro de una palidez verdosa, semejante a la de un cadáver, y luego miráronse el uno al otro con terror. Sin que se lo confesaran, se sentían demasiado mal en aquel sitio y hubieran querido abandonarlo.

—¿Qué tiene que ver todo esto —preguntó Shasky— con lo que hemos venido a buscar?

—Quizás más de lo que creéis. ¿No veis? Aquella

pared luminosa revela en este sitio una presencia extraordinaria de rayos N.

Wassili avanzó algo más, enseñándoles a sus compañeros una cápsula de plomo, semejante al proyectil de un cañón gigantesco.

—No hay duda —les dijo— de que ahí está condensada una materia desconocida. ¡Mirad! Llegan a este instrumento los polos de aquella potentísima máquina eléctrica, en comunicación directa con la electricidad central. La electricidad condensa, quizás, en esta enorme cápsula de vacías paredes, la materia, por medio de chispas poderosas, y de esta materia así condensada genéranse en gran cantidad los rayos N. ¡Eso es, eso es! —añadió con gesto de triunfo Wassili—, ¿no lo veis? Este generador se comunica por medio de un tubo metálico con el acumulador de antes, donde deben condensarse los rayos N a una tensión muy alta.

—Mirad, mirad —exclamó Shasky señalando a una colección de fotografías que había en las paredes—, las grandes fotografías de los contornos fosforescentes.

—¡El secreto de Cagliostro! —dijo Vera— ¿estaremos cerca de él?

—¡Ah! —dijo Shasky reprimiendo su emoción— ¡ahí está la suya!

—¡Cagliostro, Cagliostro! —impetró Vera— ¿en dónde está tu secreto?

—¿Dónde está el secreto de Cagliostro? —interrogó Shasky— alzando la voz más de lo que debía.

—¡Ay de mí! —murmuró Vera— nosotros lo buscamos en vano y quizás existe ya quien lo posee.

—¿Quién? —preguntó Wassili.

—Philipp —dijo la joven— aquel que evoca ante el emperador el espíritu de Alejandro III. La corte tiembla ante la omnipotencia de ese hombre que gobierna en nombre del espíritu del Czar difunto, de ese hombre —añadió Vera con los ojos fulgurantes de una extraña embriaguez— a quien llama el Czar «el nuevo Cagliostro».

—¡Es un impostor! —murmuró Wassili dirigiéndose hacia las fotografías fosforescentes, representando algunas a desconocidos y otras a personajes famosos.

—¿Quién se lo ha dicho a usted? —dijo Vera en tono de voz singular.

Las palpitaciones de los corazones de los tres camaradas retumbaban siniestramente en el aire como redobles de tambor.

—No sois vosotros solos los que poseéis el secreto de esos misteriosos rayos. Como vosotros también lo posee Zanobia Calozky —añadió Vera.

Los ojos de Vera fulguraron de un modo singular. La joven parecía ver algo maravilloso.

Los dos amigos miraron a su alrededor sin comprender la causa de la actitud de la joven.

Vera estremeciéndose de repente sacudida por un fuerte escalofrío, se encogió como para esconderse, y dijo extendiendo la diestra y volviendo el rostro a una de las imágenes fosforescentes que tenía ante sí:

—Ahí está... es él, lo veo bien... No está solo... la joven rutena está con él... y le enseña una joya...

Los ojos de Vera centellearon, y en su rostro espectral dibujóse una extraña sonrisa.

(Continuará en el número próximo.)

¿ME PODRÍA FIAR SU BANCO QUINCE CEN-
TIMOS PA-
RA UN VA-
SODE HOR-
CHA-
TA?



¿QUE GARAN-
TÍAS PUEDE
USTED OFRE-
CERME?

COLORÍN Y SU PANDILLA

¡YA ESTOY HARTO DE SU-
FRIR LAS TRASTADAS DE
MI PRIMO, EN CUANTO ME
HAGA OTRA ME LAS VA
A PAGAR TODAS DE
UNA VEZ!



¿DONDE TE HAS
METIDO? TU PR-
MO TE HA ESTA-
DO BUSCANDO.



¡ESTOY YA
HARTO DE SU
COMPANIA!

¡PERO ES QUE LE HE
DADO UNA PESETA PARA
QUE TOMASEIS HORCHATA.
DEBE ESTAR ESPE-
RANDOTE EN EL
BAR RAMIREZ

¡AH!



¡VOY CORRIENDO, PUES
NO ES COSA DE PERDER
LA OCAION DE TOMAR
LA HORCHATA!



¡TIENE BUEN
GUSTO, HA
ELEGIDO EL
MEJOR BAR
DE LA CIUDAD.



¡TU PRIMO NO HA VENIDO
AUN, PERO SI TE SIENTAS
AQUI LE VERAS ENTRAR
FACILMENTE!



ME PARE-
CE QUE ES
UNA GRAN
IDEA.

TRAIGAME UN
DOBLE DE CRE-
MA HELADA...



¿NO QUIE-
RES NADA
MAS?

¡NO! AHORA
TENGO QUE
ESPERAR A MI
PRIMO QUE ES EL
QUE TIENE EL
DINERO.



¡SI NO TIENES DINERO
AQUI TENEMOS TRABAJO
PARA QUE ASI PUEDES
PAGAR!



¡DATE PRISA, QUE TE FAL-
TAN AUN TRESCIENTOS
PLATOS POR
LAVAR!



TE ESTUVE
ESPERANDO
EN EL BAR.
¿A DONDE
HAS IDO A
TOMAR LA
HORCHATA?

¡PENSÉ QUE NO ES-
TABA BIEN GASTAR
EL DINERO EN HELA-
DOS, ASI QUE LO HE
RUESTO EN MICAR-
TILLA DE AHORRO!
¡ESPERO QUE NO
TE IMPORTE!



¡TU PAPÁ TE
CASTIGARÁ
POR ESTO!

¡ESPERO
QUE NO
TE IM-
PORTE!



(Continuación)

—¡Fazil — exclamó jubiloso el pobre misionero—. ¿Cómo has escapado al incendio?

—¡Padre! —gritó el pequeño abisinio, poniéndose en pie con la agilidad de una gacela—. Yo sabía que habías de volver, y por eso no he querido abandonar el pueblo, para esperarte.

—¿Y los otros? ¿Dónde están? —preguntó Argelli con angustia—. ¿Se han abrasado todos?

—No, Padre —respondió el muchacho—. Los dos soldados que el *degiasmac* dejó, y que habían recibido orden de quemar el pueblo y de matarnos a todos, apiadados por nuestros lamentos, les han hecho huir y guarecerse en otro aduar. Todos están en salvo.

El misionero bendijo en su corazón a aquellos dos soldados que se habían atrevido, como él, a desobedecer al cruel monarca, a riesgo de perder la cabeza o, por lo menos, las manos y los pies.

—¡Todavía hay corazones magnánimos en este desgraciado país! —murmuró—. Algún día me acordaré de esos valientes.

—Padre —dijo el niño—, vamos a ese pueblo, donde te esperan tus hijos. Aquí no hay nada que comer ni donde refugiarse.

—Me han prohibido dejar este lugar sin una orden del Emperador —respondió el misionero, suspirando—. Si lo intentase, sería la muerte para mí, y para ti también, y acaso para todos tus compañeros. Hay que

obedecer y resignarse. Dios nos dará medios para subsistir.

Ayudado por el chiquillo, que era crecido y muy fuerte, con los restos de las cabañas improvisó un mequino refugio; luego, rebuscando por todas partes, con-

siguieron recoger un poco de *durah*, olvidado por los saqueadores, y que podría bastar, con cuidadosa economía, para una semana.

En los confines de la misión, una veintena de guerreros vigilaban atentamente para impedir que el misionero abandonase aquella residencia; pero, temerosos de la venganza del Rey, nada hacían por facilitarle víveres.

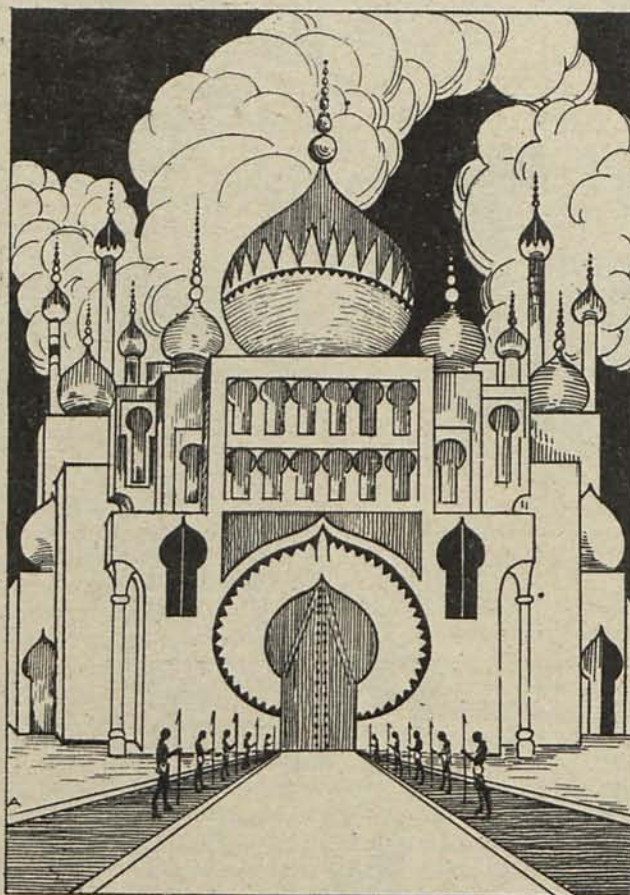
La semana transcurrió sin que recibieran orden ninguna de parte de Teodoro, y la escasa provisión llegó a agotarse.

No obstante, el pequeño Fazi no perdió las esperanzas. Todas las noches, aquel diablillo, aprovechándose de las tinieblas y de la poca vigilancia de los abisinios,

pasaba los límites de la misión y llegaba a los poblados vecinos en demanda de un poco de *durah* y de pan para el misionero, sin volver nunca con las manos vacías.

Los aldeanos, que habían aprendido a apreciar la obra caritativa de aquel buen religioso, no se hacían rogar para entregar al pequeño Fazi lo que podían, a pesar de la miseria que azotaba el país.

Y con las provisiones, aportaban de vez en cuando noticias interesantísimas. El misionero pudo saber que



EL PALACIO DEL REY DE REYES



Inglaterra, cansada ya de las crueldades de Teodoro, le había declarado la guerra, y que una gruesa columna de tropas angloindias, bajo el mando del general sir Roberto Napier, había desembarcado en Zeila y avanzaba a marchas forzadas hacia Magdala para devolver la libertad a varios súbditos ingleses que habían caído de nuevo en manos de los abisinios antes de haberse podido poner en salvo a orillas del Mar Rojo.

Ya habían transcurrido cuatro semanas, cuando una noche Fazi trajo la noticia de que las vanguardias inglesas estaban a la vista, y que el rey Teodoro, abandonado de casi todos sus partidarios, se había encerrado en Magdala para intentar la última resistencia.

Al día siguiente el *degiasmac* se presentó en la misión, acompañado de un pequeño grupo de jinetes desgarrados y cubiertos de heridas y de polvo.

—*Frangi*—dijo el abisinio, dirigiéndose al misionero—, el Emperador desea verte.

—¿Qué quiere de mí?—preguntó.

—Confiarte una importante misión—respondió el *degiasmac*—. Los ingleses están ya aquí, y si no conseguimos destrozarnos en los desfiladeros de Talanta, el Emperador está perdido.

—Yo no puedo detener los decretos de la Providencia.

—Monta en este mulo y ven, si no quieres que te acaricie las espaldas con mi lanza. El Emperador no se somete a las conveniencias de nadie.

Obligó al misionero a montar en un mulo, y la patrulla se alejó, dirigiéndose hacia la meseta.

Mientras subían por los ásperos senderos de la montaña, el misionero pudo apercibir en la llanura que se extendía bajo sus pies varios campamentos, dispuestos en forma tal que rodeaban enteramente el macizo de Talanta. Eran las tiendas de las tropas angloindias, que, después de una larga y dificultísima marcha, habían conseguido penetrar en el corazón de Abisinia, rechazando por todas partes victoriosamente a las hordas del Rey de Reyes.

Cuando el misionero y su escolta llegaron a Magdala, una viva confusión reinaba en la roca. Se veía que todos los soldados estaban desalentados por la proximidad del enemigo, a quien habían creído incapaz de llegar a tan considerable distancia de la orilla del Mar Rojo, y que habían contado con desbaratar fácilmente en los profundos barrancos de las montañas abisinias.

Sin embargo, preparábanse a la resistencia, y se les veía colocar en las murallas la poca artillería con que contaba el Rey: algunas piezas antiquísimas, que no podían competir con las modernas y de largo alcance de los ingleses.

El rey Teodoro esperaba al misionero en uno de los amplios cobertizos, que ser-

vían a la vez de comedor, de consejo y de cuadras para sus corceles de guerra.

Estaba excitadísimo, y se paseaba gesticulando como un loco, pronunciando horribles amenazas contra los europeos.

—Ya que no has muerto todavía—dijo al misionero—, quiero encargarte de una misión para sir Napier, el comandante de las tropas angloindias.

(Concluirá en el número próximo.)



VÍO VENIR HACIA ÉL UNO DE LOS SEIS LEONES



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



ESTE ES MI INVENTO, CURRINCHE.
LO VOY A TITULAR EL TELEFONO-
CAÑÓN. ¿COMPRENDES?

NO ENTIENDO NI UNA
JOTA ¡PA-
LABRA DE
HONOR!



PUES MIRA; CON ESTE DESCUBRIMIEN-
TO MIO, PUEDEN HABLAR DOS PER-
SONAS SIN VERSE NI CONOCERSE
¿COMPRENDES AHORA?

AHORA SI; PERO YO, SI NO
LO VEO NO LO CREO



VAMOS A HACER LA PRUEBA
AHORA MISMO. TU TE PONES
EN LA CHIMENEA DEL COMEDOR
Y YO TE HABLARE DESDE EL TE-
JADO. VERÁS QUE BIEN NOS
ENTENDEMOS

LO VEO DIFICI-
LÍSIMO



¡QUÉ EMOCIÓN, SEÑORES!
¡SITUVIESE CAM-
PANILLAS EN
EL CORAZÓN
SENTIRÍAN
USTEDES
EL REPI-
QUETEO!

DON TURULATO000...



¡ARREA! PUES SI
QUE ES VERDAD QUE
SE OYE!



¿ME CONVIDARÁ USTED
AL CINE, DON TURU?



A VER, POLLO; QUÍTESE DE
AHÍ. QUE TENEMOS QUE
LIMPIAR LA CHIMENEA



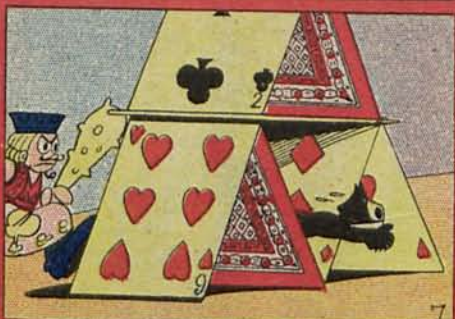
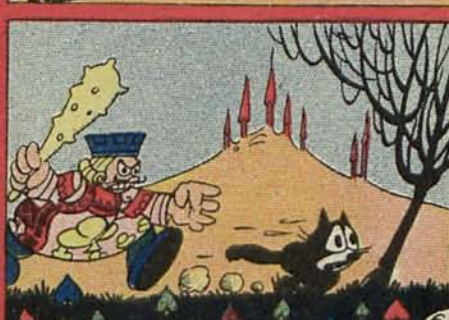
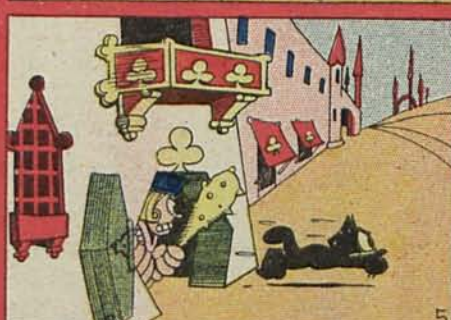
¡A ESE CURRINCHE ME
LO VOY A COMER AL
HORNO AHORA MISMO!



LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA



PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO



PAT SULLIVAN

CONTINUARÁ 12

CUENTOS DE CALLEJA

LOS PÁJAROS INJURIADOS

Casillor



Un lobo y el oso se paseaban un día por el bosque, cuando el lobo oyó cantar a un pájaro.

—Hermano oso —le preguntó—, ¿quién es ese hermoso cantor?

—Es el rey de los pájaros —contestó—; debemos saludarle.

—En ese caso —dijo el lobo—, el tal rey tendrá su correspondiente palacio. Me alegraría verle.

—Eso no es tan fácil como piensas —replicó el oso—, pues es preciso aguardar que se halle en él la reina.

El lobo no podía dominar su curiosidad; se acercó al nido y dirigió una mirada a hurtadillas.

—¡Bah! —dijo al ver en él cinco o seis polluelos—, si es éste el palacio, es bien triste; y en cuanto a vosotros, pajarillos, sois unas criaturas despreciables.

Los pajarillos se incomodaron al oír esto, y empezaron a piar:

—No, no, no; nosotros somos nobles; pagarás cara esta injuria, ruin lobo.

El lobo se echó a reír al oír esta amenaza.

Los soberbios pajarillos dijeron a sus padres, así que llegaron:

—El lobo ha venido a insultarnos; no comeremos nada hasta que nos hayáis vengado.

—Bueno, hijos míos —dijo el pájaro—; volveré por vuestra honra.

Y marchó volando a la cueva del lobo, y le gritó:

—Viejo lobo, ¿por qué has insultado a mis hijos? Te aseguro que te pesará, porque vamos a hacerte una guerra a muerte.

—Mira tú, pajarraco del diantre —exclamó el lobo enfadado—, te prevengo que pienso hacer una fritada con toda vuestra casta, y merendarme, por lo poco, trescientos de vosotros con tomate. Y si no estuvieras tan alto, ya te cantaría yo una canción, de la que no

ibas a oír ni la segunda copla; pero ya te estás largando, que me fastidias. ¿Qué podréis hacer tú ni todos los tuyos juntos contra un lobo como yo, que se come los burros crudos y tiene los dientes como navajas de afeitar?

El pájaro repuso:

—Pues ya que eres tan necio y tan fanfarrón, que ignoras que no hay enemigo pequeño, atente a las consecuencias.

Y, dicho esto, se marchó.

Declarada la guerra, el lobo llamó en su auxilio al ejército de los cuadrúpedos, y el pajarillo convocó, por su parte, a todos los pájaros, y también a los insectos alados, moscas, cinífes, abejas y avispas.

Llegó el día de la batalla, y el reyezuelo envió espías para saber quién era el jefe del ejército enemigo; el cinife voló al bosque, donde estaba reunido el enemigo, y se ocultó bajo la hoja de un árbol, a cuyo pie se hallaba deliberando el consejo. El oso llamó al zorro y le dijo:

—Compadre, tú eres sin duda el más astuto de todos los animales: serás nuestro jefe.

—Con mucho gusto —contestó—: pero es preciso convenir en una señal que os daré. Tengo una cola larga y espesa como un penacho rojo; mientras permanezca en alto, las cosas van bien y marcháis adelante sin miedo; pero en cuanto la baje al suelo, será la señal de que se salve el que pueda.

El cinife fué al punto a contárselo todo a su jefe.

Al rayar la aurora, recorrían los cuadrúpedos el campo de batalla, galopando de tal manera, que la tierra temblaba bajo sus pies. El rey de los pájaros apareció en los aires con su ejército, que zumbaba, gritaba y volaba por todas partes de un modo que causaba vértigos. Se atacaron con gran furor. El reyezuelo envió a la avispa con la orden de colocarse bajo la cola del zorro y picarla con todas sus fuerzas. El zorro dió un





salto al primer aguijonazo, conservando, sin embargo, la cola en el aire; al segundo, la bajó al instante, y al tercero, la apretó entre las piernas, dando agudos gritos y echando a correr. Al ver esto, los cuadrúpedos comenzaron a huir, y así ganaron la batalla los pájaros.

Los reyes volaron en seguida a su nido, exclamando:

—Hemos vencido, hijos míos; bebed y comed alegremente.

—No —contestaron los polluelos—; es necesario que venga el lobo a pedirnos perdón y a declarar que reconoce nuestra nobleza.

Voló el rey al agujero del lobo, y le dijo:

—Viejo lobo, anda a pedir perdón delante del nido de mis hijos, y a declararles que reconoces su nobleza. ¡Ay de ti, si no!

—No vengas con amenazas; porque si bien es verdad que nos habéis vencido por medio de una estratagema, a mí, ni tú, ni todos tus pájaros, me obligarán a nada.

—Está bien —dijo el ruiseñor.

Y se marchó a su palacio, enviando en seguida aviso al jefe de las avispas y al de los mosquitos para que acudiesen inmediatamente. Al poco rato se presentaron los llamados, y preguntaron al rey de los pájaros qué se le ofrecía.

—He dicho al lobo —contestó el rey de los pájaros— que venga a pedir perdón a mis hijos, y no quiere, añadiendo que nada le importa de nosotros ni de toda nuestra descendencia. Por esta razón, creo del caso

que desde esta noche enviéis a la gruta de ese lobazo mal educado diez mil escuadrones de avispas, de esas que levantan ronchas de a cuarta, y, además, doce millones de mosquitos, que a puros aguijonazos no le dejen pegar ojo en lo que le reste de vida.

Partieron los jefes, y aquella misma noche quedó cumplido el encargo del ruiseñor. Acostóse el lobo a su hora acostumbrada, cuando le despertaron sobresaltado seis mil aguijonazos que le pusieron fre-

nético. Revolcóse en el suelo, movido por el dolor, y algunas avispas sucumbieron; pero llegaron otras y otras, y mil más, y el infeliz perecía entre los más horribles dolores. Todo esto duró hasta el alba, en que, asomando la cabeza por entre las ramas de un árbol, dijo el rey de los pájaros:

—Si no vienes a pedir perdón, todas las noches te sucederá lo mismo.

Asustado el lobo con tal amenaza, se acercó arrastrando y pidió el perdón exigido. Los pajarillos le preguntaron:

—¿Reconoces que somos unas criaturas apreciables?

—No las hay como vosotros en veinte leguas a la redonda — exclamó el lobo asustado.

—¿Declaras que somos unos pajaritos dignos de un escaparate?

—Así lo declaro y así os quisiera ver, como premio de vuestro mérito...; pero fritos —añadió por lo bajo el lobo.

Cuando se marchó, perdonado por los pajarillos, papá ruiseñor se volvió a sus hijos y les habló de esta manera:

—Bien sabéis que esta terrible guerra se ha entablado por defenderos; pero es preciso que aprendáis a perdonar las injurias. A este propósito os contaré lo que vi desde un árbol colocado cerca de una ermita. Un lindo muchacho, al penetrar en la iglesia, tropezó sin querer en una pobre mendiga que sentada junto a la iglesia imploraba la caridad. Al dolor del tropezón, la pobre mujer, sin saber lo que hacía, o tal vez creyendo que aquel niño, como algunos malvados hacen, trataba de hacerla daño intencionalmente, con el mismo bastón en que se apoyaba le dió un golpe al chicuelo. Este, en vez de enfadarse, se disculpó de su torpeza; penetró en la iglesia, y al salir de ella entregó a la mendiga el pan que llevaba para su almuerzo. La de dichada besó cariñosamente la mano que le socorría, y pidió al cielo que concediera al niño toda suerte de venturas. Tened presente que devolver bien por mal es de las cosas que encuentran más hermosa recompensa en nuestro corazón.

FIN



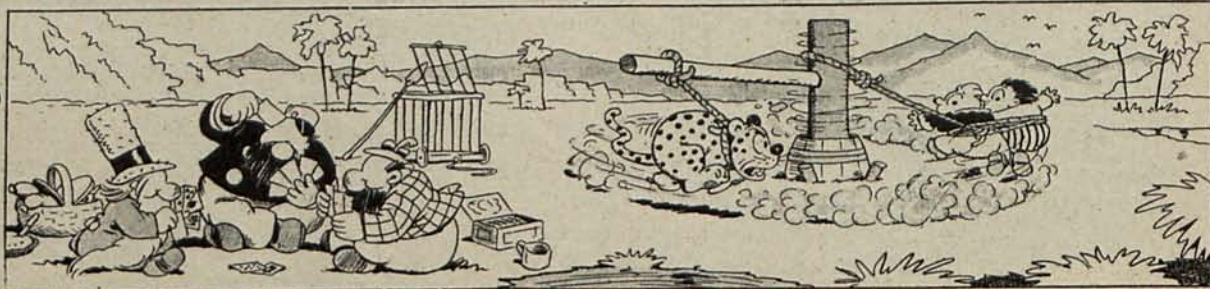


¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Buenas tardes, querido Chononcito.
—Muy buenas, querido buho. Vas a hacerme la misma preguntita de siempre, ¿verdad?
—Naturalmente. ¿De qué quieres que hablemos hoy?
—Pues hoy vas a hablarme de los dragones. Confieso que no sé si los dragones existen o son simplemente unos personajes fantásticos que sólo figuran en los cuentos.
—De todo hay, Chononcito.
—No te entiendo. O existen o no existen.
—Esos dragones de los cuentos, con alas, con ojos que despiden fuego, con patas armadas de aguzadas púas, con una enorme cola terminada en forma de lanza, sólo existen en la literatura de los cuentos. No hay tales dragones. Y mucho menos esas fieras horribles de muchas cabezas que aparecen en las ilustraciones de tantas leyendas. Estos monstruos, concebidos por la fantasía de los autores, no tienen otro objeto que dar ocasión a que valerosos caballeros saquen, su tajante espada y vayan haciendo caer una a una sus disformes cabezas, con gran regocijo de los atemorizados lectores.
—Háblame, pues, del dragón real.
—Los dragones son una variedad de serpientes de gran tamaño, en las que la cabeza se destaca más o menos del tronco y se prolonga en forma triangular, deprimida de arriba a abajo, y casi siempre aguzada por la parte anterior. La cabeza y el cuerpo se presentan cubiertos de placas y escamas de forma exagonal y el vientre revestido de escudos largos.
—Pues hasta ahora, querido buho, van teniendo estos dragones las mismas particularidades que los monstruos que yo he visto pintados.
—Estos reptiles tienen un tamaño extraordinario y una fuerza muy considerable. Pero carecen de miembros y apéndices de ninguna clase.
—¿Hay dragones en todos los sitios?
—Los hay en las regiones donde hace grandes calores. Sobre todo en Etiopía existen en abundancia y de tamaño tan enorme que algunos llegan a alcanzar veinte varas de longitud.
—¿Qué horror! Se me ponen los pelos de punta sólo de ver en mi imaginación un bicharraco de estos.
—En efecto, su forma es en extremo desagradable, y ello ha dado lugar a que la fantasía aumentase más todavía el horripilante aspecto de estas serpientes. Su alimentación consiste en hierbas, huevos de aves que destruyen en sus propios nidos, frutas y, en general, alimentos de todas clases. Estos animales pueden pasar mucho tiempo sin comer ni beber, y una de las particularidades muy curiosas de su forma de alimentarse es la habilidad que se dan para cazar las aves.
—¿Pero es que tienen alas para cazarlas?
—Ni las tienen ni les hacen falta. Para cazar las aves se apoyan sobre la cola, enderezan el cuerpo, levantan el cuello y esperan con la boca abierta las aves que pasan, a las cuales, por mucha rapidez con que vuelen, las atraen con su respiración y las devoran.
—Y a los hombres, ¿no les hacen daño?
—Los dragones de gran tamaño, como son los que viven en Frigia, atacan al ganado, y algunas veces a los propios pastores.
—Entonces no me negarás, mi querido buho, que el horror que se les tiene es absolutamente justificado. Yo te aseguro que si alguna vez en la vida me sale al paso un dragón, voy a correr como

un condenado. A mi no me pesca un bicho de estos.
—Harás bien, Chononcito; porque te advierto que estos animales no temen a nada. Ni aun a los elefantes, a pesar de su enorme tamaño, les tienen miedo.
—¿Y se atreven a atacarlos también?
—Se atreven, aunque de un modo traidor y cobarde. Si lo hiciesen de frente y dando tiempo a que el paquidermo se defendiese, seguramente que el dragón saldría mal parado, porque el elefante le supera, con mucho, en poder. En cambio, el dragón tiene más astucia.
—O más cobardía. Cuéntame cómo le ataca, que debe ser cosa curiosa.
—Tú sabes ya que el elefante se alimenta, entre otras cosas, de retoños de los árboles. El dragón sabe también esto, y sube a ocultarse entre el ramaje de forma que, quedando sujeto con la cola, deja colgante el resto de su cuerpo, como si fuese una gruesa cuerda. De este modo acecha y espera, y cuando el elefante se aproxima en busca de los retoños, el dragón le salta súbitamente a los ojos, se los arranca y rodea después el cuerpo con sus anillos de forma que el elefante no puede desprenderse de él.
—Pues para rodear el cuerpo de un elefante ya hace falta longitud, ¿no te parece?
—Es que estos dragones de que te hablo tienen hasta más de diez metros de largo. La lucha del elefante con el dragón es en extremo interesantísima, porque los dos animales ponen en juego todo el poder, todos los recursos de que la Naturaleza los ha dotado. El elefante, al verse oprimido por el cuerpo del dragón, se roza fuertemente contra el tronco de un árbol o contra una roca, con el fin de aplastarlo; pero la astucia de aquel es tanta, que para evitar este peligro procura trabar las patas del paquidermo, impidiéndole todo movimiento. Sin embargo, es muy frecuente el caso de que el elefante consiga deshacerse de su enemigo, y entonces muere irremisiblemente aplastado por sus patas.
—¿Es venenoso el dragón?
—No lo es; pero cuando persigue a hombres o animales suele comer antes hierbas venenosas con el fin de que su mordisco inyecte a la vez la ponzoña.
—Hasta ahora, mi buen buho, no me habías hablado de animal tan terrible.
—Pues aun siéndolo tanto, llegan a acostumbrarse a la cautividad, y en ciertas regiones de Asia se acostumbran al trato de sus dueños y éstos los utilizan para la caza. El dragón es animal muy propenso a las enfermedades y necesita cuidar mucho su salud si quiere vivir largo tiempo. El frío los aniquila y padecen con frecuencia una enfermedad muy parecida al escorbuto. Por esto viven en regiones cálidas y buscan lugares donde haya agua tibia para bañarse muy a menudo.
—¿Es fácil cazarlos?
—Con trampas, sí; se coloca un nudo corredizo en la boca de las madrigueras donde vive, y, acechando su salida, se les aprisiona con relativa facilidad; una vez prisioneros, se les hace entrar en una caja protegida con fuerte tela metálica, para lo cual se hace pasar la cuerda, que aprisiona al dragón, por el hueco de la caja, se tira de aquélla, y al pasar por la caja, se echa una trampa, que le aprisiona la cabeza. Entonces el dragón se enrosca en sí mismo y queda ya encerrado en su cajón.
—Para lo que sirve, no vale ni la pena de cazarlo.



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE SEPTIEMBRE

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Momia del Faraon
Ramses II, por JU-
LIO M. ALVAREZ.



Un gaucho.
MANUEL A. DE SOTOMAYOR.



Mi amigo.
J. Bofil.



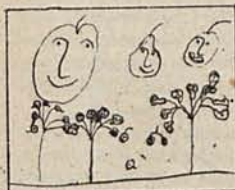
ESTE CUPON SIRVE PARA
ENVIAR UN SOLO TRABAJO.



El traidor Chapete.
ALEJANDRO BENAYAS.



Pinocho en aviación causa gran
admiración.
MARY AHARSES.



Mis frutas.
MANUEL GUSTAVO BADA.



Mi amigo.
MANUEL MARTÍN.



Tintero que ofrezco a Pirula.
CARMEN MADARRO.



Dick-Turpin.
M. DE EIZAGUIRRE.



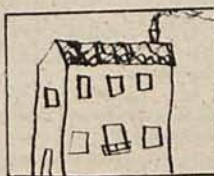
Paisaje.
ARTURO GALÁN.



Pirula.
JULIA TORRERO.



Casa de Currinche.
ROSARITO AMADO.



La casa de mi abuelo.
ANGEL LABORDA.



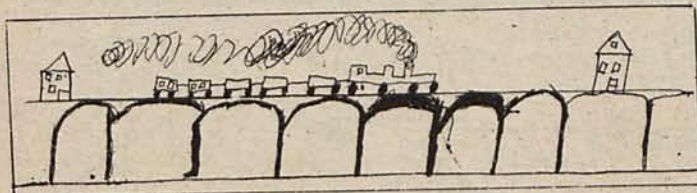
Pinocho.
ANITA MARTÍNEZ.



Campamento indio.
JORGE FERNÁNDEZ.



Mis mejores amigos.
MARÍA T.ª MATEOS.



Puente.— JOSÉ M.ª ALVAREZ CASCOS.



La casita de Pinocho.
MARICHU MATEOS.



Alfonso X el Sabio.
MANOLO ALVAREZ.



D. Turu y Currinche.
C. MANY.



Una madreña
PILAR VAYÁ.



Mi frutera.
GUSTAVO A. AMA-
DEO.



Un barco.
FERNANDO PASTRANA.



La tarola de la rana.
FEDERICO CLIMENT.



Lectura de PINOCHO por
un indio.
CÉSAR DEL CAMPO.

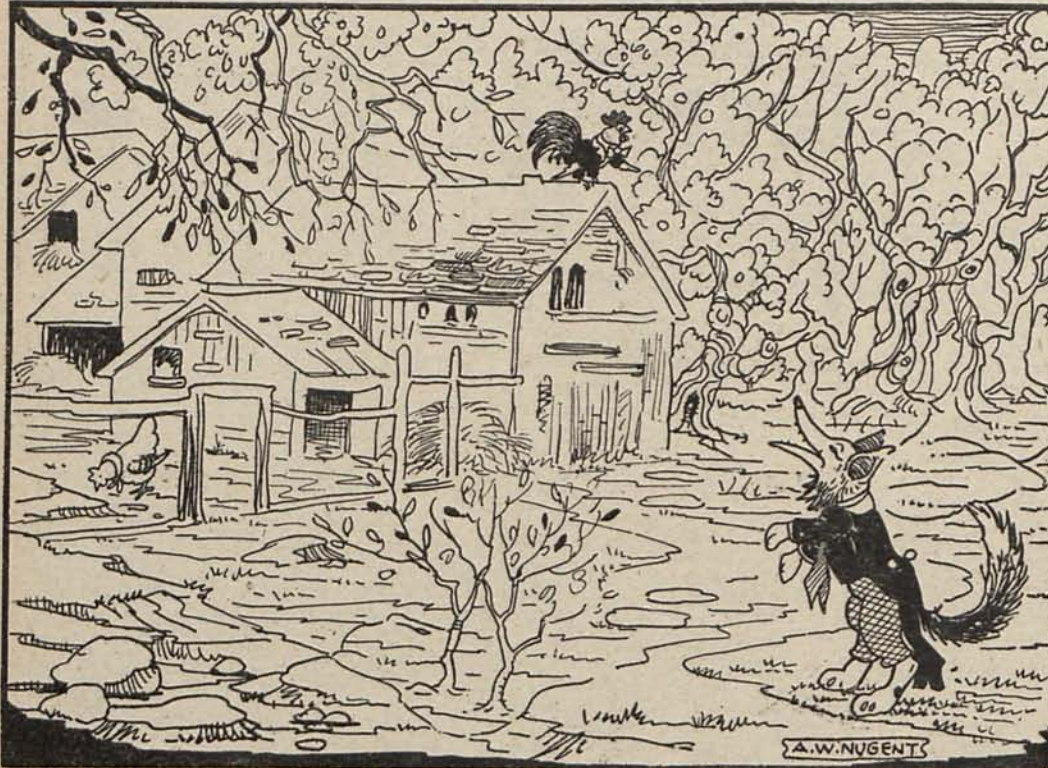


CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

DEL MES DE SEPTIEMBRE

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

FÁBULA



Había salido, pasito a pasito, pico-teando unos granos, un gallo de su gallinero, y sin darse cuenta estaba en medio del campo, precisamente en el sitio de más peligro, pues desde hacía unos días rondaban por la vecindad cinco enormes perrazos.

Cuando más distraído se hallaba nuestro gallo comiéndose unos granitos... ¡Patapum! Los cinco perros llegaron a galope tendido con las orejas al viento.

Verlos el gallo y empezar a temblar fué cosa de un instante. —¡Dios mío, Dios mío —exclamaba el pobre gallo—, ha llegado mi última hora! ¡Dadme fuerzas para echar un vuelquito!

Y como Dios, que todo lo ha creado, lo mismo oye a los hombres, que a los animales, que a las plantas, oyó en este caso al gallo, y de pronto sintió fuerza en las alas y voló en el preciso momento que llegaban los perros.

Cuando se halló en el tejado, cantó ¡kikirikí!, que quería decir: —Señores perros, perdonad si os haya subido tan alto el almuerzo, pero por hoy no me coméis.

Y los cinco perros, mohinos y con las orejas gachas, se escondieron entre los árboles.

No habían pasado cinco minutos cuando acertó a pasar por allí don Zorro, muy bien disfrazado de señor, y dijo, viendo al gallo:

—Buenos días, querido gallo. —Buenos los tenga usted, señor Zorro. —¿Por qué estás tan alto, gallito? —Porque el médico me ha recomendado los aires de altura. —Me enaños, amigo gallo; tú tienes miedo a los perros y yo te aseguro que puedes bajar, pues los he visto que iban corriendo hacia el río detrás de un par de conejos.

Confíase el gallo de las palabras del zorro y bajó tranquilamente.

Se acercó el zorro a saludarle solícito y ¡HAM, HAM!, se lo comió con chaqueta y todo.

Cuando salieron los perros de su escondite había huido el zorro, y del gallo quedaba el cuello de pajarita y dos plumas de la cola.

Esto os enseñará, queridos lectores, a ser cautos y no confiar en la protección ni en el consejo de vuestro enemigo, pues creyendo huir de un peligro suele caerse con frecuencia en otro mayor.

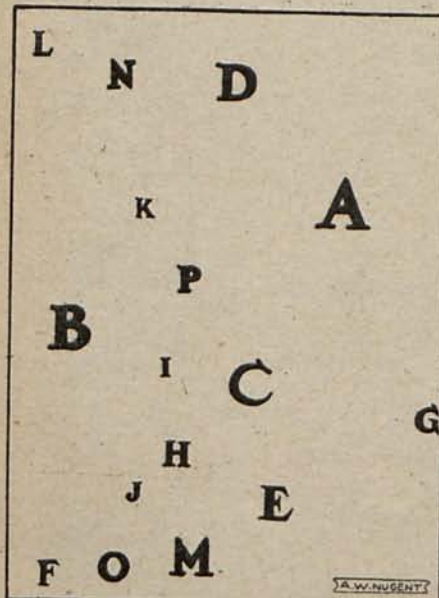
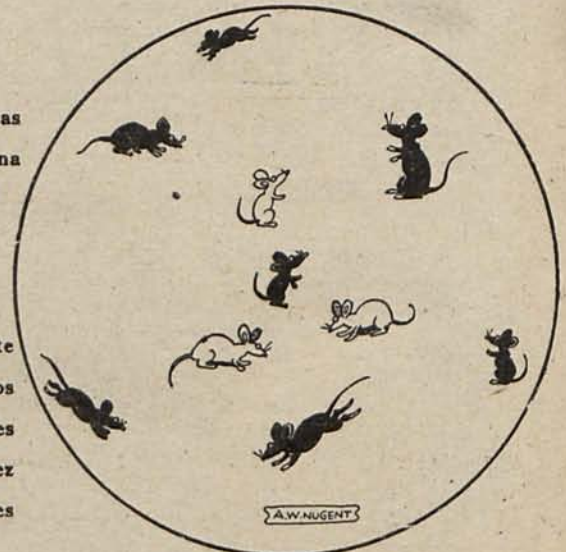
¿Dónde se hallaban escondidos los perros?

ROMPECABEZAS

Con sólo cinco líneas separar estas dieciséis letras, de manera que cada una quede en su departamento.

LOS CÍRCULOS

Dentro de este círculo tenemos siete ratones negros y tres blancos y debemos trazar tres círculos pequeños, los cuales han de dividir el círculo grande en diez departamentos, y dentro de los cuales habrá un ratón.

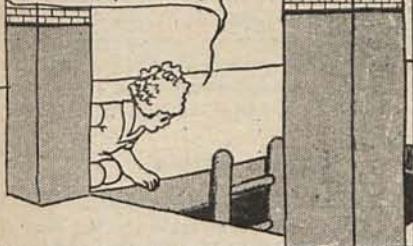


ANITA

BUEN-CORAZON



¡TODO ESTÁ COMO LO DEJE YO AYER, Y SIN EMBARGO ESTOY SEGURA DE QUE VOLVERÁN ALGUNA VEZ!



¡EL DINERO SIGUE ES CONDIDO EN ESTA BOCAMINA Y ELLOS SOLO ESPERAN A QUE SE OLVIDE LA OPINIÓN DEL CRIMEN PARA VENIR A LLEVARSELO!



¡EN CUANTO BAJEN POR AQUÍ SE DESPRENDERÁ ESTA ESCALA ASÍ ES, QUE EL QUE BAJE QUEDARÁ PRESO EN LA RATONERA ESTÁ!



¡LA ÚNICA MANERA DE SALIR DE LA MINA ES POR LA ESCALA, ASÍ ES QUE SI LOGRO ATRAPARLOS ME HARÉ RICA Y A ELLOS LES ESTARÁ MUY BIEN EMPLEADO!



¡TENGO QUE OCULTAR MUY BIEN ESTA CUERDA PUES SI LA DESCUBREN ELLOS SE FRUSTRARÁN TODOS MIS PROYECTOS!



¡AHORA ANTES DE SALIR MIRARE BIEN NO SEA QUE ESTE ALGUNO DE ELLOS DE GUARDIA ESPIANDO!



LA FORMA DE VENCER A BANDIDOS COMO ESTOS ES SER MÁS LISTO Y MÁS CAUTO AUN, QUE ELLOS.



¡DE MANERA QUE TODO LO QUE TENGO QUE HACER AHORA ES TIRAR DE ESTA CUERDA CITA A SU DEBIDO TIEMPO!



¡POR ESTE AGUJERO, QUE PARECE ESTAR HECHO EXPRESO PUEDO OBSERVAR TODO LO QUE PASA DENTRO DEL EDIFICIO!



¡ELLOS TIENEN QUE VENIR POR ESE CAMINO; NO HAY OTRO, Y ESE LE DOMINO YO DESDE AQUÍ ADMIRABLEMENTE!



¡CADA VEZ QUE PIENSO LOS RIESGOS QUE JOY A CORRER ME ESTREMEZCO DE ESPANTO PERO YA NO DEBO RETROCEDER!



¡Y AHORA A ESPERAR TRANQUILAMENTE EL DESARROLLO DE LOS ACONTECIMIENTOS!





Sección Pirula

PIRULA, DECORADORA

Con cáscara de huevo.—Decidme, amigas Pirulindas, ¿qué hacéis cuando os sirven un huevo pasado por agua? ¿Comérselo? Si, eso ya me lo sospechaba yo. Pero y luego, ¿qué hacéis con la cáscara?

Como niñas bien educadas, supongo que la machacáis ligeramente con la cucharilla. Este gesto, indispensable, tiene su justificación como todos los que impone la buena crianza; y es que con ello se evita que, al llevarse la muchacha el plato, ruende la cáscara y caiga al suelo.

Suponiendo que haya entre vosotras alguna Pirulinda no del todo bien educada —el caso es improbable, ya lo sé— puede que se le ocurra, para gastar una broma, colocar cuidadosamente la cáscara vacía en la huevera, y haciendo creer que el huevo está dentro, afirmar que no se lo ha comido porque no tiene apetito.

Pero todo esto no me dice lo que hacéis con la cáscara después de la comida..., porque supongo que no comeréis el gravísimo delito de consentir que la tiren a la basura.

Delito gravísimo, sí, porque la cáscara de huevo, como todo lo que pasa por esta sección, puede aprovecharse de una manera bonita, sencilla y económica.

Y tan pronto como leáis esta página, de fijo que os apresuréis a pedirle a la cocinera que os guarde todas las cáscaras de todos los huevos que se casquen en la casa.

Como que las vamos a utilizar nada menos que para decorar lindamente toda clase de objetos: desde una carpeta hasta un echarpe, desde un florero hasta un cinturón.

No os sorprenda el que yo quiera utilizar cáscaras de huevos como elemento de decoración. ¿Acaso no lo es, y valiosísimo, el lacre, con el cual se adornan cacharos magníficos? ¿Y acaso no se hacen o se han hecho en otros tiempos alhajas con cabellos, cuadros con plumas de ave y hasta pseudopinturas con sellos recortados? (Me refiero a los sellos de correos; los de antipirina dudo que sirvan para este objeto.)

La ocurrencia de decorar objetos con cáscara de huevo confieso que no es invención mía; viene de Oriente, donde parece ser que constituye un arte bastante vulgarizado; supongo que allí se harán con cáscaras de huevos dragones espantosos, pájaros fantásticos y flores maravillosas.

Nosotros preferiremos los dibujos sencillos y geométricos; es posible que no lleguemos nunca a igualar (por muy Pirula y Pirulinda que seamos) la maestría de los señores chinos o japoneses en la materia; pero el procedimiento que seguiremos será el mismo.

El objeto que decoremos puede ser una caja o un frasco cualquiera, ordinario, pero de una forma agradable, o un

cacharro de barro popular, sin barnizar, que convertiremos así en florero elegante, o una tela, lo que sea.

Se traza sobre el objeto un dibujo muy sencillo: redondeles, ajedrezado, triángulos, greca, etc..., etc... Trazado el dibujo se cubre con goma líquida. Luego se aplica encima un trozo de cáscara de huevo, bien lavada, y se apoya con cuidado para resquebrajarla; se quita entonces toda la cáscara que rebasa los límites del dibujo, es decir, que queda fuera de la goma.

Cuando todo el dibujo está cubierto de cáscara, se pinta ésta con diversos colores, y también, si se quiere, con purpurina.

Para asegurar la duración de tan magnífica obra, y además para realizar su efecto, conviene pasarle una capa de barniz incoloro.

Os aconsejo que probéis; aun cuando no os salga perfecto en la primera tentativa, como el trabajo es muy divertido de ejecutar, todo será que volváis a empezar cuantas veces haga falta, hasta realizar una estupenda obra de arte..., aun a trueque de «desperdiciar» unas cuantas cáscaras de huevo.

PIRULA, COCINERA

Dos recetas de huevos: tortilla de plátanos y tortilla de manzanas.—No quiero abandonar el capítulo de los huevos sin indicaros dos recetas de tortillas suculentas, y que sin duda no conoceréis, pues no son de las más corrientes.

(Sea dicho entre nosotras, estas recetas son, más que nada, un pretexto para que en vuestras casas se casquen muchos huevos... y podáis reunir un gran número de cáscaras. ¿No es verdad que está bien ideado?)

Estas tortillas son de frutas, y, precisamente, de las más saludables entre todas las frutas: los plátanos, que dan mucha fuerza, y las manzanas, que son excelentes para el cerebro.

Frutas y huevos reunidos. ¿Qué mejor manjar para mis Pirulindas?

Para la tortilla de plátanos se batan los huevos como para una tortilla corriente; se les echa un poco de azúcar y una pizca de sal; se eligen plátanos medianamente maduros y se cortan en rodajas del grueso de medio centímetro; se rehogan estas rodajas de plátanos, ligeramente, con aceite o con mantequilla. Luego se echan los plátanos en la

sartén y se hace la tortilla a la francesa.

Para la otra se mordan y se cortan en rajitas muy finas dos manzanas, que se rehogan ligeramente; se cascan cuatro huevos, se separan las claras de las yemas, se batan las claras a punto de nieve, se juntan con las yemas, se añaden dos cucharadas de harina, una de azúcar molida y unos granitos de sal.

Con esta mezcla se hace la tortilla —en la cual se echan las manzanas antes de doblarla— a la francesa también.

CONSEJOS DE PIRULA

Para conservar los huevos frescos.—Para la conservación de los huevos nada mejor que encerrarlos en una caja de hojalata llena de ceniza o de salvado; la caja ha de quedar siempre cuidadosamente tapada y, claro está, en el sitio más fresco de la casa.

